



DIOS RESTAURA LO QUE EL DIABLO DESTRUYE (Parte 2)

Génesis 50: 15-26

La semana pasada comencé a predicar lo que será una serie de mensajes acerca de la restauración. Dije que sólo Dios restaura los corazones rotos y las vidas destruidas y lo hace de una manera única y especial. Dije que *restaurar* significa simplemente el regreso de algo o de alguien a su estado original, es decir, ponerlo como estaba antes. Pero en la Biblia, no es así. Cuando Dios restaura lo hace mucho mejor de lo que era originalmente y puse algunos ejemplos tomados de la Palabra de Dios para probar esta verdad. Hablé de la profecía acerca de la restauración de Israel en la cual Dios promete al regresarlos del cautiverio, que serán multiplicados y nunca más serán disminuidos ni dañados (*Jer. 30:18-19*). Hablé de la restauración del Templo que había sido destruido y cuya gloria será más grande que la gloria que tuvo cuando fue construido por primera vez (*Hag. 2:7-9*). Hablé de la profecía dada por el Profeta Joel acerca de la abundancia que derramará el Señor sobre Israel y la promesa de que nunca jamás serán avergonzados (*Jl. 2:21-27*).

También hablé de Job, quien lo había perdido todo y había aguantado lo inaguantable. Perdió a sus diez hijos en un solo día, todas sus propiedades, sus animales, sus siervos y hasta su salud que casi le llevó a la muerte. Para colmo, sus *"amigos"* trataban de convencerlo de que confesara que era un vil pecador que se merecía eso y más porque Dios lo estaba castigando. El Libro termina con la restauración total de Job, física, emocional y espiritual, mucho más grande de lo que fue al principio (*Job 42:10-17*). Hablé de que en el Libro de Números leemos que restaurar no significa simplemente devolver algo sino añadir el 20% más (*Nm. 5:6-7*). Y, finalmente, dije que en el Libro de Proverbios dice que el ladrón, en este caso, el diablo, pagará siete veces lo que ha robado (*Prov. 6:30-31*). Terminé diciendo que podría poner muchos más ejemplos de la Biblia acerca de cómo es la restauración de Dios, y que en cada caso que veamos notaremos que restaurar nunca es volver al estado original sino mucho mejor que antes, más abundante, más glorioso. Dios restaura lo que el diablo destruye. Ahora sí vamos a nuestro tema de hoy.

Pastor Oscar Salinas

Con todo esto en mente, hablé acerca de la historia de José, la cual es una historia de muchas cosas, pero, mayormente, es una historia de restauración. José superó todos los obstáculos que aparecieron en su vida para alcanzar el sueño que Dios puso en su corazón. Como su mirada estuvo siempre puesta en Dios, José no guardó nunca rencor contra ninguno de los que le hicieron daño, empezando por sus hermanos. Al echarlo al pozo, sus hermanos estaban echando también sus sueños, pero Dios no iba a permitir aquello. El enemigo siempre tratará de echar en el pozo los sueños que Dios ha puesto en nosotros y para lograrlo usará siempre a los más cercanos a nosotros. Pero recuerde, cuanto más trate de desanimarnos, cuanto más trate de echarnos al pozo es cuando más debemos de estar conscientes que eso significa que vamos en la dirección correcta y que somos un peligro para él.

José vivió siempre una vida justa y santa que honraba a Dios en todo lo que hacía y decía en todo momento, bajo cualquier circunstancia, ya sea de adversidad o favorable, en la tristeza y en el gozo, en la escases y en la abundancia. Con la mirada puesta en Dios, desarrolló los dones y talentos que el Señor le había dado y alcanzó el éxito convirtiéndose en el segundo de Faraón, gobernando con justicia. Aprendió y entendió que todo eso que vivió era para que se cumpliese el propósito de Dios y por eso no guardó rencor ni contra sus hermanos ni contra nadie. Gracias a su perseverancia, su duro trabajo y su gran fe, José estaba restaurado. Hoy vamos a ver la conclusión de la historia de este gran hombre de fe.

José trajo a su padre y a sus hermanos a vivir en una región de Egipto llamada Gosén. Faraón había dicho que daría lo mejor de la tierra a la familia de José (*Gn. 45:17-20*) y así lo hizo. Finalmente la felicidad reinaba nuevamente en la familia de Jacob. La familia estaba reunida y, lo más importante, estaba unida, estaba restaurada. Pasaron diecisiete años, Jacob ya tenía 147 años de edad y estaba a punto de morir (*Gn. 47:28-31*). Después de hablar con sus hijos y con los hijos de José, Jacob muere y aquí comienza nuestra historia de hoy.

Cuando Jacob muere, lo primero que pensaron los hermanos de José era que tal vez José todavía guardaba resentimiento u odio hacia ellos y que solamente se había aguantado de vengarse por amor a su padre Jacob. Humanamente hablando tendrían razón de pensar así

Pastor Oscar Salinas

porque lo que hicieron a José no fue cualquier cosa. Lo que pasa es que sus conciencias todavía los hacían sentirse culpables. Ahora bien, notemos que esto pensaban ellos a pesar de que José ya les había dicho, 17 años atrás, que los perdonaba, que Dios había permitido que pasaran así las cosas porque un propósito grande tenía (*Gn. 45:1-14*), es decir, porque Dios saca bienes de los males, porque Dios restaura lo que el diablo destruye. Pero estos hermanos de José están tan llenos de vergüenza que ni siquiera se acercan a él para hacerle la petición sino que enviaron a alguien más para decírselo. Es más, quien sabe si era cierto que el papá había dicho lo que ellos decían que dijo. Y todo esto pasaba porque ellos no podían entender que José los había perdonado de corazón, tal vez porque ni ellos mismos no lo hubieran hecho si estuvieran en el lugar de José. Pero no entendían que esto fuera posible porque ellos no tenían la misma relación con Dios que tenía su hermano José, de hecho, por lo visto, ni siquiera le habían pedido perdón en todos estos diecisiete años. Déjeme decirle algo: cuando no se pide perdón por un daño cometido y se está consciente de se hizo lo malo en contra de alguien, la conciencia de la persona no le deja vivir en paz. Por el otro lado, como sucedió con José, cuando se está en comunión con Dios, Él restaura por completo la vida de la persona.

La reacción de José y la de sus hermanos es la diferencia que se hace cuando Dios está en la vida de una persona y cuando no lo está. Las personas que no tienen a Dios en su corazón se quedan maravilladas cuando ven la diferencia con una persona que sí tiene a Dios en el corazón. Esa es la importancia de guardar siempre un buen testimonio delante de los demás. Un testimonio, bueno o malo, significa simplemente quién es Dios en mi vida, el lugar que yo le doy. El testimonio refleja las cosas que Dios hace en mí, e invita o aleja para conocerlo.

Por esta vergüenza que sentían y por no tener esa comunión con Dios que tenía José, por no entender que su corazón estaba restaurado, los hermanos “*vinieron*”, no en el nombre de ellos mismos, sino en el nombre de su padre; ni “*vinieron*” apelando a su relación con Dios, sino en la relación de su padre con Dios. Vienen pidiendo perdón, pero no se sienten dignos de ser perdonados. Cuando José escucha lo que dicen llora (*v.17*). Esto parece muy simple, pero es bastante importante. Sus lágrimas confirmaban que para él ya había quedado todo atrás, que ya estaban

Pastor Oscar Salinas

reconciliados. Sus lágrimas también confirmaban su compasión y su amor por sus hermanos, pero tal vez al mismo tiempo también tristeza porque, por lo que notamos, ellos no lo habían entendido. Esto, como ya señalé, por causa de sus conciencias culpables que no los dejaban vivir en paz.

Una vez que José llora los hermanos ahora sí se sienten seguros de acercarse a él y postrándose delante de él le dicen: “...*Henos aquí por siervos tuyos*” (v.18). Aquellos que antes lo humillaron, que lo despreciaron, que lo negaron y maltrataron buscando hacerle el peor de los males, son los mismos que ahora se postran delante de José como siervos (esclavos) de él.

Una vez más, la respuesta de José demostraba que su corazón estaba completamente restaurado. José les responde más o menos con las mismas palabras que lo había hecho unos diecisiete años atrás: “*No teman; no les voy a hacer daño. Yo no soy Dios, no me toca a mí ni juzgar ni sentenciar a nadie. Yo lo único que puedo decir es que, aunque en verdad planearon (que es el sentido de la palabra pensar) hacerme daño, Dios siempre estuvo conmigo y todo formaba parte de Su plan de bien (como dice Jer. 29:11). Véanlo ustedes mismos, a través de lo que pasó Dios me ha usado para dar vida a un pueblo que, de otra manera, moriría. Ustedes no se preocupen, ni tengan miedo, yo me voy a encargar de cuidarlos y de proveerles todo lo que necesiten a ustedes y a sus hijos*” (vv.19-21). Su respuesta también fue evidencia de su carácter; no mostró debilidad, sino al contrario, se necesita tener el carácter bien firme, bien fuerte, para perdonar; se necesita tener un carácter formado por Dios a través de las pruebas en la vida hasta transformarlo en un carácter de piedad, lleno de amor. Las pruebas van formando el carácter de la persona (Ro. 5:3-5 / Gl. 5:22 / Stg. 1:3).

Aquel jovencito que comenzó a soñar a la edad de 17 años ahora es todo un señor de 110, que en la literatura egipcia aparece como el modelo de la longevidad (duración de la vida) ideal. Pero no era cualquier señor longevo, era uno que había vivido sus años llenos de vida, como dice la canción: “*no le ponga años a su vida, póngale vida a sus años*” y que vio a sus hijos crecer así como a sus nietos y bisnietos (vv.22-25). José estaba ya listo para partir a la presencia del Señor que le había puesto los sueños, que le había dado la fe y la perseverancia para alcanzarlos y que había restaurado su vida permitiéndole vivir libre de rencores, resentimientos,



Pastor Oscar Salinas

odios, libre de amarguras; y llena de amor, de paz, de libertad y con prosperidad en todo sentido. No cabe duda de que Dios restaura lo que el diablo destruye.

Sus últimas instrucciones para sus hermanos que todavía sobrevivían fueron muy claras y precisas. No debían de hacer de Egipto su tierra de comodidad eterna. Ellos son de Canaán, que después será conocida como Israel. Dios los iba a llevar de regreso a su tiempo. Es más, José mismo no quiere ser sepultado en la tierra que le abrió las puertas de las oportunidades, sino en Canaán, en donde él pertenece. Les hizo prometerle, bajo juramento, que cumplirían su última voluntad de llevar sus huesos cuando salieran de Egipto. Muchos años después, cuando Israel sale de Egipto, esta promesa es cumplida (*Ex. 13:19 / Jos. 24:32*), y es mencionado en el Libro de los Hebreos como evidencia de fe (*Heb. 11:22*).

Conclusión.

Pasaron 13 años desde que Dios puso en José aquellos sueños hasta que logró alcanzarlos (*Gn. 41:46*). Cuando los alcanzó su corazón estaba completamente sano, completamente restaurado. Duró 80 años en el poder gobernando con justicia porque vivió como un hombre justo. Sus acciones reflejaban su estilo de vida. ¿Qué reflejan nuestras acciones?, ¿reflejan compasión, perdón?, ¿reflejan el amor de Cristo?

Lo sucedido en la vida de José es perfectamente aplicable a nuestras propias relaciones con nuestra familia, ya sea la familia de sangre o la familia en la fe; aún es también aplicable en nuestras relaciones de trabajo, o en la escuela. En todos estos casos tal vez exista la necesidad de perdonar a alguien, o de pedirles perdón. No podemos permitir que se forme una raíz de amargura que carcoma nuestra vida espiritual y contamine a todos los que nos rodean.

No estoy tratando de minimizar la situación que pueda estar viviendo. Muy seguramente su enojo y su amargura son legítimos, es decir, usted tendría razón de sentirse así. Sin embargo, la única persona perjudicada aquí es usted y usted puede contagiar a los que están a su alrededor como veremos la próxima semana. Así es que, aunque usted tenga razones válidas para sentir enojo y amargura, no se dé el lujo de vivir con esto en su mente y en su corazón. No podrá vivir plenamente feliz así.

Por eso, lo que usted y yo tenemos que hacer en casos así es perdonar de todo corazón. Perdonar significa que usted pone en las manos de Dios su caso y usted descansa en el Señor mientras Él actúa. Perdonar no significa necesariamente olvidar, porque tal vez eso sea imposible, pero sí significa que cuando lo recuerde ya no le lastimará ni despertará sentimientos de rencor u odio. Es decir, perdonar es no guardar ningún rencor en contra de nadie. Perdonar no significa que tenemos que regresar a donde sabemos que nuevamente seremos lastimados, pero sí significa que el rencor, el resentimiento y hasta el odio han desaparecido a tal grado que no deseamos nada malo para quien o quienes nos han lastimado, pisoteado, humillado, difamado, maltratado, etc. La evidencia máxima de nuestra restauración será orar por bendición para ellos y el estar allí, con ellos, si nos piden ayuda.

¿Quiere perdonar como José para que su vida sea libre de amargura y de sentimientos de odio y rencor? Sigamos su ejemplo:

1. Escuche cuando alguien le pide perdón (vv. 16-18). ¿Qué pasa si nunca reconocen su falta y no nos piden perdón? El siguiente punto aplica para ambos casos; sea que nos pidan o no perdón.
2. Rehúse tomar el lugar de Dios para juzgar por cualquier actuación en su contra. Dios sabrá hacer justicia y Su justicia es siempre perfecta. Deje el asunto en las manos de Dios.
3. Reconozca que Dios siempre tiene propósito en todo lo que permite que pase en nuestras vidas (v.20 / Ro. 8:28). Por lo tanto descanse en la seguridad de que Dios siempre está en control.
4. Decida hacer el bien a quien le ha hecho mal (v.21). No tome una actitud vengativa; más bien, estamos llamados a hacer todo lo contrario. Como dice el Apóstol Pedro: *“...sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición”* (1P. 3:8-9). Palabras tomadas del ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, quien dijo: *“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero Yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”* (Mt. 5:43-45).



No podemos permitir que los sentimientos de odio, rencor o resentimiento invadan nuestras vidas porque, además de vivir en amargura e infelicidad, no nos permitirán alcanzar nuestros sueños, generando en nosotros más amargura e infelicidad y contaminando a quienes están a nuestro alrededor.

Dios permite muchas veces que pasen cosas así en donde hemos sido maltratados, humillados, difamados o calumniados, etc., porque está probando nuestra fe. Nuestro amor por el Señor debe estar muy por encima de cualquier adversidad que suframos. Dios permite cosas así porque está formando nuestro carácter; un carácter perdonador, un carácter firme y fuerte; un carácter a la imagen de Su Hijo Jesucristo.

Dios permite que nos sucedan cosas así para sacarnos de un lugar de comodidad y llevarnos o empujarnos para cumplir con Su propósito. José fue sacado de Canaán con el propósito que ya conocemos en esta historia. Pero aún sus hermanos serían sacados de Egipto, en donde seguramente estaban muy cómodos, seguros y protegidos, para levantar lo que conoceríamos como la nación de Israel.

Tal vez haya alguno que piense que ha logrado su objetivo con usted al sacarlo de donde estaba, al pisotearlo, al querer destruir su testimonio, su vida, familia, etc., Dios siempre restaura lo que el diablo destruye. Tal vez haya alguien que quiera verlo hundido, humillado y acabado, pero ya aprendimos que Dios nos lleva hasta la cima cuando hemos aprendido a perdonar, cuando nuestras vidas están restauradas para enfocar solamente en lo que Dios tiene para nosotros, cuando nos dedicamos a trabajar para la gloria de Dios honrando a Dios en todo lo que hacemos.

José confiaba en el mismo Dios que es nuestro Dios; un Dios de justicia. Cuando clamamos porque el Señor nos haga justicia, no estamos clamando porque castigue a quienes nos dañaron; estamos clamando porque nos levante a nosotros. El castigar o no es decisión sólo de Dios como enseña Su Palabra, no nos corresponde a nosotros ni juzgar ni condenar. Lo que sí nos corresponde es perdonar y trabajar en el llamado que nos ha hecho el Señor. En otras palabras, ¿quiere ser restaurad@? Enfoque en Dios y Su justicia, aprenda a perdonar y póngase a trabajar en



IGLESIA EVANGÉLICA BAPTISTA SUBLIME GRACIA

Pastor Oscar Salinas

Pastor Oscar Salinas

su nueva realidad dejando todo lo demás en manos de Dios, porque Dios restaura lo que el diablo destruye. Amén... Vamos a orar.